

DOS EMBAJADORES DEL REY CATÓLICO EN LA ROMA DEL SIGLO XVII: LOS CARDENALES TRIVULZIO Y NITHARD. UNA PERSPECTIVA COMPARADA*

Two ambassadors of the Catholic king in Rome
in the seventeenth century: cardinals Trivulzio and Nithard.
A comparative perspective

JULIÁN J. LOZANO NAVARRO**

Recibido: 03-08-2016

Aprobado: 19-09-2016

RESUMEN

El presente trabajo fijará su atención en una categoría relativamente frecuente en la Roma del siglo XVII: la del embajador cardenal. Más concretamente, en dos figuras: Teodoro Trivulzio (1597-1656) y Juan Everardo Nithard (1607-1681). Dos príncipes de la Iglesia que actuaron al servicio del rey de España como embajadores ante el papa. En las páginas que siguen, se compararán sus orígenes sociales y la influencia de los mismos en el devenir de sus respectivas carreras como hombres de Estado y eclesiásticos. Se abordará la actividad diplomática de cada uno de ellos teniendo en cuenta su habilidad a la hora de desenvolverse dentro de los entramados del poder, tanto en Madrid como en Roma. El ensayo se centrará, por último, en la interpretación de algunos de los hitos principales de su actividad respectiva al frente de la embajada de la Monarquía Hispánica en la Sede Apostólica. **Palabras clave:** Teodoro Trivulzio, Juan Everardo Nithard, Cardenales, Embajadores, Embajada española en Roma, siglo XVII.

ABSTRACT

This writing will pay attention to a relatively frequent category in the city of Rome in the XVIII century: the cardinal ambassador. More precisely in two figures: Teodoro Trivulzio (1597-1656) and Juan Everardo Nithard (1607-1681). They were two ecclesiastic princes who worked as ambassadors of the King of Spain to the Pope. In the following pages, their social origin and its influence on the development of their careers as men of State and Church will be contrasted. Special attention will be regarded to the public image of the activity of both. Their diplomatic performance will be studied, taking into account their ability for coping into the Spanish and Italian circles of power in Madrid and Rome. Finally, some of their milestones in their respective embassies of the Spanish Monarchy in the Apostolic See will be deeply analysed.

Keywords: Teodoro Trivulzio, Juan Everardo Nithard, Cardinals, Ambassadors, Spanish Embassy in Rome, 17th Century.

Si existía una embajada a la que las grandes potencias católicas concedían una importancia crucial en la Europa confesionalizada del siglo XVII, ésta era la de los Estados Pontificios. Una realidad innegable que no podía menos que afian-

* Este trabajo se ha desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación I+D del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España *Una elite cosmopolita. Familias y redes de poder internacional en la España de los siglos XVI y XVII* (HAR2012-38780).

** Universidad de Granada. jjlozano@ugr.es

zar el papel de Roma como eje de las relaciones internacionales del continente. Como ese *teatro de la política europea* al que aludía el título de la célebre obra de referencia coordinada por Signorotto y Visceglia¹. A esta decisiva centralidad romana en el contexto diplomático contribuyeron, asimismo, otras cuestiones de la máxima importancia. En primer lugar, el hecho de que los soberanos modernos –embarcados en un intenso proceso de absolutización– necesitasen influir sobre el papado a fin de lograr las concesiones en materia de gobierno eclesiástico que les permitieran un mayor control sobre la Iglesia dentro de sus dominios. Y en segundo, porque conseguir el apoyo político del pontífice resultaba imprescindible a la hora de dotar de legitimidad a cualquier proyecto hegemónico durante los siglos XVI y XVII. El ya de por sí formidable protagonismo del papado, como es bien sabido, fue particularmente intenso en la política exterior hispánica². No en vano, la unión estratégica entre el sucesor de San Pedro y el rey Católico fue considerada como algo fuera de toda cuestión –al menos en teoría– en la Europa de la era de la Contrarreforma³.

El presente trabajo fijará su atención en una categoría relativamente frecuente en la diplomacia hispánica y en la Roma del siglo XVII: la del embajador cardenal. Las páginas que siguen se centrarán, de modo concreto, en el estudio

1. *La corte di Roma nel Cinque e Seicento “Teatro” della politica europea*, Roma, Bulzoni, 1999.

2. Es mucho lo que se ha escrito acerca del significado político, religioso y simbólico desempeñado por las relaciones diplomáticas de la Monarquía Hispánica con la Santa Sede durante los siglos modernos. Por citar tan sólo a algunos de los estudiosos que se han ocupado de la cuestión, me referiré a Miguel Ángel Ochoa Brun y su siempre útil *Historia de la Diplomacia española*, Madrid, Biblioteca Diplomática Española, 1995; a Silvano Giordano, editor de fuentes claves como las *Istruzioni di Filippo III ai suoi ambasciatori a Roma, 1598-1621*, Roma, Pubblicazioni degli Archivi di Stato, 2006; a Thomas Dandeleit, autor de *La Roma española, 1500-1700*, Crítica, Barcelona, 2002; o a José Martínez Millán de quien traigo a colación dos de sus muchos trabajos: “El triunfo de Roma. Las relaciones entre el Papado y la Monarquía Católica durante el siglo XVII”, en José Martínez Millán y Manuel Rivero Rodríguez (eds.), *Centros de poder italianos en la monarquía hispánica (siglos XV-XVIII)*, Madrid, Polifemo, 2010, vol. 1, págs. 549-682 y “La monarquía Católica y el *escuadrón volante*”, en Alberto Marcos Martín (coord.), *Hacer Historia desde Simancas*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2011, págs. 567-588. Quiero destacar muy especialmente, para finalizar, la abrumadora contribución de Maria Antonietta Visceglia, de entre cuya abundantísima producción resalto *La città rituale. Roma e le sue cerimonie in età moderna*, Roma, Viella, 2002; *Guerra, diplomacia y etiqueta en la Corte de los papas (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Polifemo, 2010; y *Roma papale e Spagna. Diplomatici, nobili e religiosi tra due Corti*, Roma, Bulzoni, 2010.

3. Una alianza que, por lo demás, estuvo perpetuamente presidida por los desencuentros, la desconfianza recíproca y los intentos de control por una y otra parte. Baste recordar, en este sentido, las palabras del duque de Saint Simon, que avisaba de que “Por grande que parezca la sumisión de España a Roma, los actos de esta Corte, que procura constantemente aumentar su poder, dan lugar a veces a pequeñas tempestades. Su yugo se hace demasiado pesado para dejarle que se extienda más aún; se ofrece una fuerte resistencia a su desarrollo y, cuando Roma se enoja, la Corte de Madrid la sitia por hambre y la obliga a entrar en razón...”, *Memorias*, Barcelona, Ediciones Orbis S.A., 1982, pág. 184.

comparado de la percepción social y de la labor política de dos de estos purpurados que actuaron como representantes de Felipe IV ante el papa: Teodoro Trivulzio (1597-1656) y Juan Everardo Nithard (1607-1681). Dos príncipes de la Iglesia —prácticamente coetáneos, además, al ser el primero apenas diez años mayor que el segundo— que actuaron como embajadores en la misma sede diplomática; y dos extranjeros al servicio del rey de España que cambiaron su nacionalidad de origen a lo largo de su vida.

Un modelo de *vidas paralelas*, casi podríamos decir. Ahora bien, ¿en verdad lo fueron? Antes al contrario, me propongo demostrar que, en realidad, Trivulzio y Nithard podrían considerarse las caras opuestas de la moneda. Es cierto que ocuparon puestos y dignidades de relevancia similar; pero nunca estuvieron en el mismo *lugar*. Como representantes del rey Católico en Roma fueron acreedores del máximo respeto; pero pocas veces recibieron la misma consideración, ni en Madrid, ni en la Ciudad Eterna. Los dos llegaron a ser cardenales y, como tales, debieron desempeñar un papel destacado dentro de la llamada *facción española*; pero no les fue igual de sencillo, en absoluto, alcanzar el capelo. Se trata, por tanto, de contrastar la actuación de ambos embajadores dentro del contexto social y político que les tocó vivir. Compararé, en consecuencia, sus orígenes sociales y la influencia de los mismos en el devenir de sus respectivas carreras. Prestaré atención a la imagen pública de la actividad de uno y otro. Analizaré la forma y circunstancias en que ambos consiguieron el capelo. Abordaré la actividad diplomática de cada uno de ellos teniendo en cuenta su habilidad a la hora de desenvolverse dentro de los entramados de poder hispanos e italianos y su capacidad de construir a su alrededor redes de poder, tanto en Madrid como entre la alta aristocracia romana. Me centraré, por último, en la interpretación de algunos de los hitos principales de su actividad respectiva al frente de la embajada de la Monarquía Hispánica en Roma.

TRIVULZIO Y NITHARD: ESTIRPE, POLÍTICA, CARDENALATO

Dos personajes separados por un abismo social

Durante el Antiguo Régimen, la opinión mayoritariamente aceptada era que la sociedad estaba conformada a la manera de un organismo humano. Como un verdadero cuerpo político que se ponía en relación con un presunto *corpus* místico trascendente. Tal estructura, adjudicaba a cada individuo una posición y una función en el universo de las que jamás podría apartarse sin trastocar el buen funcionamiento de todo el conjunto social. Al menos, en teoría. Dentro de este rígido esquema, establecido supuestamente por la Naturaleza y el propio Dios, la *visibilidad* social traducida en el desempeño de las funciones políticas y religiosas más elevadas— sólo podía atribuirse a la nobleza. No en vano, al

noble se le suponían una serie de virtudes exclusivas de su linaje entre las que destacaban la pureza racial, el honor, la liberalidad, el valor, la capacidad de liderazgo, el rechazo a la tiranía o la indiferencia ante el artificio. Cualidades todas ellas que transformaban al aristócrata en un hombre *naturalmente* apto para gobernar y en un ser acreedor de respeto y honores⁴.

En la línea de lo que acabo de señalar, es evidente que Giovanni Giacomo Teodoro Gioseffo Melchiorre Simone Pio Valente Trivulzio —nombre que, en adelante, simplificaré como Teodoro por razones obvias— vino al mundo para ocupar un lugar destacado en la cúspide social y política. Nacido en Milán el 27 de octubre de 1597, era miembro de una celeberrima estirpe aristocrática italiana. Su padre era Carlos Manuel Teodoro Trivulzio, conde de Melzo y *condottiero* al servicio de Felipe II⁵. Su madre, Catalina di Alfonso Gonzaga di Castiglione delle Stiviere —de la rama del marquesado de Castelfelfredo— era pariente cercana de los duques de Mantua.

Huérfano de padre con tan sólo siete años, Teodoro se convirtió en conde de Melzo, señor de Castelzevio y Codogno y, más adelante, en príncipe de Mesocco y Mesolina y príncipe del Sacro Imperio Romano. Era, además, el feudatario más potente de la zona de Tortona, Lodi y Cremona, la parte de la Lombardia más expuesta a posibles invasiones; y controlaba, al tiempo, una zona de los Alpes vecina a los siempre estratégicos dominios de los grisonos protestantes. Contar con Trivulzio, por tanto, era indispensable para la defensa del Milán español. Destinado desde niño a la carrera de las armas, en 1606 Teodoro ya mantenía a su costa dos compañías de caballería —modo con el que muchas familias lombardas lograban cercanía con el gobierno español y alcanzaban posteriores recompensas en forma de mercedes⁶— y recibía el hábito de caballero de Santiago⁷.

Los Trivulzio pertenecían a una aristocracia de carácter marcadamente cosmopolita entre cuyos blasones se imbricaban linajes italianos, hispánicos y centroeuropeos. Era de esperar, por tanto, que el conde Teodoro contrajera un matrimonio especialmente brillante. Lo fue, de hecho: casó en 1615 con Juana María Grimaldi, hija de Hércules, señor de Mónaco, en una ceremonia

4. Cfr. Pierre Serna, “The noble”, en Michelle Vovelle (ed.), *Enlightenment portraits*, Chicago, The Chicago University Press, 1997, págs. 70-73.

5. Luchó en los ejércitos del rey *Prudente* primero en Saboya y luego junto a Ambrosio Spinola en Flandes. Nombrado teniente general de la caballería española en 1603 y consejero de Guerra en 1605, el conde murió heroicamente ese mismo año en la batalla de Wactendoch, Alessandra Squizzato, *Il principe cardinale Gian Giacomo Teodoro Trivulzio mecenate e collezionista (1597-1656). Dinamiche di circolazione artistica nella Milano Spagnola*. Tesis inédita defendida en la Universidad de Milán durante el Curso Académico 2007/2008, págs. 25-26.

6. Gianvittorio Signorotto, *Milán español: guerra, instituciones y gobernantes durante el reinado de Felipe IV*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006, pág. 191.

7. Alessandra Squizzato, *Il principe cardinale...*, *op. cit.*, pág. 64.

oficiada por su pariente, el cardenal Federico Borromeo. Tan sólo un año después, su hermana, Hipólita Trivulzio, se desposó con el futuro Honorato II de Mónaco —el primero de su estirpe en utilizar el título de príncipe—. Este doble enlace Trivulzio-Grimaldi proseguía con la dinámica, auspiciada desde Madrid, de que los señores monegascos emparentaran con grandes estirpes lombardas⁸. Un medio orientado a mantener el territorio del principado bajo la protección y el control hispánicos frente a las apetencias francesas⁹. Cabe destacar que, para los Trivulzio —muy vinculados a Francia en épocas anteriores—, estas dobles nupcias con los Grimaldi significaron nada menos que la plena readmisión de su Casa en el rango de los linajes *confidentes* de la Corona española¹⁰.

Después del nacimiento de dos hijas —Octavia y Catalina—, en 1620 llegó el ansiado heredero varón, Hércules Teodoro, muriendo su madre en el parto. Es poco probable que al joven viudo Trivulzio no se le presentaran pronto nuevas e interesantes oportunidades matrimoniales. Pero sorprendió a todos en 1625 con su decisión de entrar en religión, vocación que afirmaba haber sentido desde la infancia. Así las cosas, Urbano VIII Barberini le concedió el capelo en la promoción de cardenales de noviembre de 1629, cuestión a la que me referiré más adelante. Caballero del Toisón de Oro en 1636 y grande de España en 1642, durante los años siguientes Trivulzio se volcará en el servicio a la monarquía Católica.

Un panorama radicalmente alejado de la vivencia de Juan Everardo Nithard. Nacido en 1607, era hijo de un modesto comisario imperial encargado por Fernando II de extirpar el protestantismo en ciertas zonas de Austria¹¹. Ingresó muy joven en la Compañía de Jesús, en cuyo seno adquirió fama de sapiencia como profesor de filosofía, ética, derecho canónico, teología dogmática y retórica en la Universidad de Graz. Una reputación que le hizo ser elegido por el emperador Fernando III como confesor de sus hijos. Como tal, Nithard acompañó a España 1649 en a su joven dirigida espiritual, la archiduquesa Mariana de Austria,

8. De hecho, la suegra de Trivulzio era la milanesa Maria Landi, hija de Claudio Landi —III príncipe de Valditaro y del Sacro Imperio— y de Juana de Córdoba y Aragón. María se había casado con Hércules Grimaldi en 1595, Antonio Caetano da Sousa, *Historia genealogica da Casa Real Portuguesa*, Lisboa, Impressor da Academia Real, 1745, t. XI, pág. 485.

9. Lo que, a la postre, no pudo evitar que el principado pasase a ser vasallo de Francia en la década de 1630, siendo a partir de ese momento sus soberanos recibidos en la Corte gala con la categoría de *ducs et pairs étrangers*, cfr. Guy Antonetti, “Les princes étrangers”, en Jean-Pierre Bardet, Dominic Dinet, Jean-Pierre Poussou y Marie-Catherine Vignal (dirs.), *État et Société en France aux XVII^e et XVIII^e siècles. Mélanges offerts à Yves Durand*, Paris, Presses de l’Université de Paris-Sorbonne, 2000, págs. 33-62.

10. Loris de Nardi, “Gian Giacomo Teodoro Trivulzio tra Milano, Roma e Madrid”, *Storia in Martesana*, nº 3 (2010), pág. 6.

11. Biblioteca Nacional [en adelante BN], Mss. 8.344, ff. 46v-47r.

cuando ésta casó con Felipe IV¹². Una vez en Madrid, el jesuita no se limitó a su actividad en el confesonario regio: comenzó a intervenir discretamente en política dirigido, desde Roma, por el general de la Compañía de Jesús¹³. Este estado de cosas cambió rápidamente, sin embargo, tras la muerte del rey *Planeta* en 1665. La regente Mariana —que sólo confiaba en su confesor le encumbrará a los más altos puestos religiosos y civiles. Para, a la postre, dejar en sus manos el gobierno de la Monarquía¹⁴.

Fue precisamente a partir de ese momento cuando al director espiritual de la reina comenzaron a lloverle críticas de toda índole. Ataques que tenían que ver, según creo, mucho más con prejuicios sociales sólidamente arraigados que con cualquier otra cosa. Porque buena parte de la alta aristocracia española veía insuficiente el linaje de Nithard para ocupar el gobierno tal y como deseaba su regia dirigida¹⁵. Muy pronto, estos prejuicios se trasladaron a pie de calle, exagerando el pueblo llano la baja cuna del padre Juan Everardo¹⁶.

12. Durante el viaje, la comitiva imperial atravesó la Lombardía. Donde, como curiosidad, el confesor real tuvo por fuerza que conocer a Hércules Teodoro —el hijo del cardenal Trivulzio— uno de los protagonistas principales del recibimiento que se hizo a la soberana en la plaza del *Duomo* de Milán el día 17 de julio, como se desprende de la relación impresa *La Real y solemne entrada que hizo en Milán la magestad de la reina nuestra señora Doña Mariana de Austria...*, Madrid, Imprenta de Diego Díaz de la Carrera, 1649, pág. 2. Tanto destacará el vástago del noble linaje Trivulzio, que la flamante esposa de Felipe IV le hará un honor particular, escogiéndole para ir a Roma en su nombre a besar los pies al papa, Archivo Segreto Vaticano [en adelante ASV], *Segretaria di Stato, Lettere di Cardinali*, vol. 16, f. 165r. Carta de Trivulzio al papa Inocencio X, Cagliari, 10 de noviembre de 1649.

13. Véase Julián J. Lozano Navarro, *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Cátedra, Madrid, 2005, especialmente los capítulos IV y V.

14. Consúltense al respecto las siguientes obras de Julián J. Lozano Navarro, “Un personaje en tierra de nadie: Juan Everardo Nithard. Status social, Iglesia y política en la Europa barroca”, en Enrique Soria Mesa y Antonio J. Díaz Rodríguez (eds.), *Iglesia, poder y fortuna. Clero y movilidad social en la España Moderna*, Comares, Granada, 2012, págs. 29-50; y “Valido defenestrado, embajador despreciado. Algunas reflexiones sobre la deslegitimación política en torno al cardenal Juan Everardo Nithard”, *Krypton. Identità, Potere, Rappresentazioni*, n° 2 (2013), págs. 19-31.

15. Sirva como ejemplo de lo que digo el evidente desprecio mostrado hacia el confesor real por el nuncio en Madrid en enero de 1666. Informando al papa de los progresos del jesuita, le contaba que en Madrid ya le daban “...todos el título de Excelencia”. Pero que él, personalmente, estaba decidido a seguir tratándole “...como antes, de reverendísimo, y si fuese nombrado inquisidor [general], como se cree, le llamaré Ilustrísimo, como al anterior”, Carta del nuncio a Alejandro VII, Madrid, 27 de enero de 1666, citada en Antonio Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid, *Razón y Fe*, 1920, t. VI, pág. 112. En idéntico sentido, otros nobles reprochaban al confesor real lo “...impropio [de] que pasase inmediatamente del título religioso de paternidad o reverendísimo al tratamiento invidioso de Excelencia...”, BN, Mss. 8.344, f. 100v.

16. Inventándole, incluso, un pasado protestante que le haría ser “... descendiente de hereges, y que sus padres lo fueron, y que se bautizó de quinze años...”, BN, Mss. 2.034, f. 37v. En un poemita dirigido a Carlos II a principios de 1669 se afirmaba que “El Inquisidor intrépido quiere introducir escándalos, primero aprenda a Cathólico que se meta a gobernar. Como enfermedad pestifera arró-

Ahora bien, ¿cuáles eran realmente los orígenes del valido de la reina Mariana? Nithard siempre afirmó que su estirpe se encontraba nada menos que entre las más nobles y antiguas de Alemania. Es más, que su “...escudo de armas, condecorado con las águilas imperiales, solamente permitidas a las más ilustres casas, se ve en la Curia de la ciudad de Augusta entre las demás de la nobleza del Imperio...”¹⁷. O lo que es lo mismo, que su linaje pertenecía a la *uradel* —la más alta nobleza inmemorial germana— de cuya prosapia nadie podía dudar, ni en Alemania ni en España. La realidad, bastante más prosaica, era que la familia Neidhart se encontraba inmersa en pleno proceso de ascenso social en las décadas de 1660 y 1670. Y que seguramente debía sus progresos, en concreto, al protagonismo de Juan Everardo, que se encontraba en la cumbre de su carrera, primero en Madrid y luego en Roma¹⁸. El propio Nithard delataba, inconscientemente, la pertenencia de su estirpe a la nobleza nueva o *briefadel*. Y lo hacía aludiendo una y otra vez, como prueba de lo aristocrático de su linaje, a un breve concedido a uno de sus hermanos por el emperador Fernando III en la Dieta de Ratisbona el 18 de abril de 1654¹⁹.

Así pues, es cierto que el padre Nithard era noble, aunque de cuño relativamente reciente. Ahora bien, ¡qué lejos se encontraba su posición frente a la de un Trivulzio! Alguien cuya ilustrísima prosapia resultaba, por el contrario, imposible de cuestionar. Hasta el punto de que, cuando en 1646 el gobierno de Milán impuso a la aristocracia que presentara la documentación referente a sus títulos y feudos, el cardenal Teodoro Trivulzio mandó decir al magistrado que no estaba “...obligado a notificación alguna sino por aquellas razones que en

jale de sus ámbitos, no inficione demoníaco la fe sancta su contagio...”, BN, Mss. 2.582, f. 146v. En otro libelo se aconsejaba al pequeño rey que tuviera cuidado de que Nithard “...no siembre en España la cisma de Ingalaterra...”, BN, Mss. 2.582, f. 210r. En un villancico anónimo se decía que el inquisidor debería abandonar el hábito de jesuita y ponerse “...el de San Benito, [que] le vendrá que ni pintado. Pero el hábito de Cristo le estará más ajustado, pues la señal por lo menos la traerá de Cristiano...”, BN, Mss. 2.582, f. 389r. Nithard se defendió de estos y otros ataques en idéntico sentido alegando “...que el padre que [le] crió... y la madre que le dio leche no fueron hereges, sino muy cathólicos y santos hijos y descendientes de padres y abuelos nobilísimos, christianísimos y defensores de la Fe...”, BN, Mss. 8.344, f. 254r.

17. BN, Mss. 8.344, ff. 46v-47r.

18. El mayor de los hermanos del padre Everardo, Viguleo, llegó a ser señor de Spattembrunn y su hijo, consejero del emperador en la Cámara de Silesia. El segundo hermano, Friderico, fue montero mayor del emperador en Naistat. El tercero, Leopoldo Teófilo, alcanzó la presidencia de la Cámara de la provincia de Estiria, fue administrador de las estratégicas minas de hierro de Eisenerz y logró ser nombrado barón en 1673, cfr. María del Carmen Sáez Berceo, *Confesionario y poder en la España del siglo XVII: Juan Everardo Nithard*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2014, pág. 15.

19. Tal documento —que llegó incluso a transcribir íntegro en varias ocasiones en los volúmenes de sus memorias— reconocería, según él, “...los méritos y calidad de los Nidardos y una amplia confirmación y ampliación de sus antiguas inmunidades y privilegios...”, BN, Mss. 8.344, f. 46r.

su lugar y tiempo se dedujeran...”²⁰. Como ha afirmado Signorotto —y estoy completamente de acuerdo con él— un togado, un feudatario menor o alguien recién llegado a la nobleza no hubiera osado comportarse de este modo²¹. Habría obedecido raudo y se habría aferrado a sus probanzas y documentos a la hora de defender su lugar en el mundo. Justamente, como hacía Nithard.

Será esta diferencia de orígenes, este enorme *abismo social* que separaba a nuestros dos protagonistas, lo que marcará decisivamente sus vidas. Sobra decir que siempre lo hacía durante los siglos modernos, distanciando a un noble de quien no lo era; o a alguien perteneciente a la baja nobleza de un miembro de la alta aristocracia. Pero lo que me resulta especialmente interesante del caso que estoy abordando es que, pese a la distancia social que les separaba, uno y otro personaje alcanzaron puestos políticos y eclesiásticos de rango similar. Pero me anticipo ya a señalar que, lo que en Trivulzio siempre se vio como normal, indiscutible y lógico, en Nithard se consideró anormal, criticable y forzado. Algo que se hará patente, de modo constante, en la carrera de cada uno de ellos y en los apoyos de los que gozaron respectivamente durante su desempeño.

La inmersión en el mundo de la gran política

Resulta claro, reitero, que, para una estirpe como la de los Trivulzio, su ilustre prosapia les garantizaba el ascenso a los niveles más altos al servicio del soberano al que sirvieran, fuera como militares, administradores, religiosos o diplomáticos²². Desde luego, así fue para el conde Teodoro. Quien, desde edad muy temprana, ocupó diversos puestos en el ejército, reclutando a su costa socorros militares para la defensa del Milanesado²³. Poco después de contraer matrimonio, fue nombrado comisario imperial en Italia por el emperador Fernando II. Una muestra de favor de la rama germánica de los Habsburgo que, seguramente, tuvo mucho que ver con el hecho de que la emperatriz consorte fuera en estos momentos Eleonora Gonzaga, pariente de la madre de Trivulzio. Como recompensa a sus servicios —y a la conexión familiar que acabo de señalar, por qué no— el emperador se decantó a favor del conde Teodoro en el contencioso que le enfrentaba a otra rama de la familia por la posesión de los estados de Mesocco y Val Mesolcina²⁴.

20. Gianvittorio Signorotto, *Milán español...*, *op. cit.*, pág. 193.

21. *Ibidem*.

22. *Ibidem*, pág. 227.

23. Cfr., *ibidem*, pág. 128.

24. Sobre esta cuestión véase Gianvittorio Signorotto, “L’apprendistato político di Teodoro Trivulzio, príncipe e cardinale”, en *La doble lealtad: entre el servicio al rey y la obligación a la iglesia. Revista librosdelacorte.es*. Monográfico 1, año 6 (2014), especialmente las págs. 353-357.

La opción de Trivulzio por el estado clerical tras enviudar y la obtención de la púrpura cardenalicia en 1629 no variaron apenas su primigenia dedicación militar. Verdadero *cardenal soldado*, Teodoro ocupó desde 1635 los puestos de gobernador de las milicias milanesas y de superintendente de la fortaleza de Milán. En 1636 pasó a formar parte del Consejo Secreto y ese mismo año —como ya se vio— Felipe IV le otorgó el Toisón de Oro, lo que le encumbraba en la más alta cima de la nobleza europea²⁵.

Signorotto ha señalado que, durante las décadas de 1630 y 1640, los Trivulzio parecen haber mantenido un trato de cercanía —e incluso de cierta familiaridad— con el *entourage* del conde-duque de Olivares²⁶. Destacan, sin ir más lejos, las buenas relaciones de nuestro cardenal con Diego Mexía Felípez de Guzmán, marqués de Leganés y gobernador de Milán desde septiembre de 1635. Hay que señalar, en este sentido, que el de Leganés era primo y protegido del Conde-Duque; y que, por si fuera poco, estaba casado con una hija de Ambrosio Spinola, el antiguo jefe militar del padre de Trivulzio. La confianza del gobernador Leganés en Teodoro era tal, como para dejar en sus manos la defensa de la capital lombarda durante el asedio de Vercelli de 1637, acontecido en el marco del peligroso ataque combinado de los duques de Saboya, Mantua y Parma²⁷.

Las cosas, sin embargo, cambiaron radicalmente para Trivulzio en 1641. En primer lugar, por su nombramiento como gobernador de armas²⁸. Y en segundo, debido a la llegada a Milán del nuevo gobernador: Juan Velasco de la Cueva y Pacheco, VIII conde de Siruela. Un hombre que también era descrito como *hechura* de Olivares²⁹; pero que, paradójicamente, se enfrentó pronto con el car-

25. Acerca del Toisón, véase Angelantonio Spagnoletti, *Principi italiani e Spagna nella Età barocca*, Milán, Mondadori, 1996, págs. 68 y 82.

26. Trivulzio, por ejemplo, mantenía una cierta amistad con María Luisa de Aragón y Gurrea, esposa de Carlos de Borja, duque de Ficalho, consejero de Estado, presidente del Consejo de Portugal y estrecho colaborador de don Gaspar de Guzmán. La dama —a quien el milanés recurría para que apoyase sus intereses en la Corte de Madrid estaba emparentada, al igual que Trivulzio, con los Castiglione delle Stivere, cfr. Gianvittorio Signorotto, “L'apprendistato político...”, art. cit., pág. 351.

27. Gianvittorio Signorotto, *Milán español...*, op. cit., págs. 192-193.

28. Es probable que fuera designado por Madrid al considerarse en la Corte que una figura de la autoridad de Trivulzio sería de ayuda al gobernador Siruela en su trato con la nobleza local. Otra posible razón habría sido satisfacer las pretensiones de los súbditos lombardos —deseosa de conseguir más peso en la gestión de los asuntos de gobierno— alzando en el puesto a un miembro de la alta aristocracia del ducado. Claro que también podría tratarse, simplemente, de una recompensa a los esfuerzos del cardenal y a los de sus antecesores en lo que concernía al reclutamiento de tropas a su costa, cfr. Davide Maffi, *Il baluardo della Corona. Guerra esercito, finanze e società nella Lombardia seicentesca (1630-1660)*, Florencia, Le Monnier Università, 2007, pág. 158.

29. *Caída de su privanza y muerte del Conde Duque de Olivares...*, en *Semanario Erudito*, t. III, Madrid, Imprenta de Don Blas Román, 1787, pág. 57.

denal³⁰. Así las cosas, Teodoro Trivulzio tuvo que viajar a la Corte española en 1642 “...llamado por el rey por los siniestros oficios del conde de Siruela y de otros ministros de la Corona en Italia, que miravan torvamente su suficiencia y autoridad en los asuntos de Estado y de guerra...”³¹. Ya en Madrid, el rey tomó partido por su súbdito lombardo, al que concedió “...la grandeza en su Casa en la primera ocasión que se diese de promocionar a sujetos de Italia...” y le nombró virrey de Aragón³².

A partir de ese momento, Trivulzio desempeñará algunos de los más elevados puestos de gobierno a los que podía aspirar un noble hispánico de primera fila. Aragón será, por tanto, tan sólo el comienzo de una cadena de destinos que obligarán al cardenal a moverse continuamente de un lado a otro. Durante los críticos años de 1647 y 1648, Teodoro se convertirá en una figura omnipresente en muchos de los escenarios más delicados y conflictivos para la Monarquía. En su Milán natal siguió levando caballeros y soldados, fortificó las ciudades de Lodi y Pizzighetone y defendió el Piacentino frente a la incursión del duque de Módena contra Cremona³³. En 1647 fue nombrado virrey de Sicilia, donde sofocó diversos levantamientos que se estaban produciendo contra el dominio español³⁴. En 1648 le encontramos de nuevo en Nápoles, donde acompañó al cardenal Filomarino en sus negociaciones con el rebelde Massaniello³⁵. En enero de 1649 fue nombrado virrey de Cerdeña³⁶.

Tras su labor en los virreinos, Trivulzio pasó a Roma como embajador interino entre 1651 y 1654, menester que abordaré más adelante. Finalizada su misión diplomática en los Estados de la Iglesia, el cardenal regresó a su Milán natal, donde todavía tenía mucho que decir. Denunciando, por ejemplo, una misteriosa conjura francesa que habría pretendido sustraer el Milanésado del

30. Loris de Nardi señala como posible causa del conflicto entre ambos la competencia política entre naturales y españoles. Algo que, unido a la potencia social, económica y militar de Trivulzio, pudo conducir a una serie de desencuentros con el nuevo gobernador; y, por último, a la ruptura entre ambos, “Gian Giacomo Teodoro Trivulzio...”, art. cit., pág. 14.

31. Girolamo Brusoni, *Della Historia d'Italia, Libro XXXVIII, dal anno 1625 fino al 1670*, Venecia, Eredi Francesco Storti e Giovanni Maria Pancirutti, 1671, pág. 345.

32. *Ibidem*.

33. Gianvittorio Signorotto, *Milán español...*, op. cit., págs. 194-195.

34. Dando muestras de firmeza —acompañada de benignidad y promesas de indulto— el cardenal virrey apaciguó rápidamente Palermo, Catania, Agrigento, Termini y otros lugares, Girolamo Brusoni, *Della Historia d'Italia...*, op. cit., págs. 492-497.

35. M. Artaud. *Historia de la Italia*, Barcelona, Imprenta del Guardia Nacional, 1840, pág. 247.

36. Entre otras cosas, trató de atajar la inflación y el desorden monetario que golpeaban la isla persiguiendo —mediante una importante operación policial— a los abundantes *monederos* (falsificadores de moneda), poniendo precio a sus cabezas y tratando de cortar las conexiones entre Cerdeña y Córcega, Francesco Manconi, *Cerdeña, un reino de la Corona de Aragón bajo los Austria*, Valencia, Universidad de Valencia, 2010, págs. 439-440.

dominio hispánico³⁷. Tras investigar la cuestión, el Consejo de Estado exoneró al cardenal de toda sospecha de implicación en la trama, nombrándole en diciembre de 1655 gobernador interino de Milán a la espera de que ocupara el puesto el conde de Fuensaldaña³⁸. Desde este cargo, Teodoro trató sin éxito de frenar la ofensiva del duque de Módena sobre Lombardía³⁹. Finalmente, el cardenal murió tan sólo unas horas después de recibir al nuevo gobernador en Pavía, "... con sentimiento gravísimo de todo el Estado y de la Corte de España, habiendo perdido el uno un Protector aficionado y de mucha gloria a su Patria; y la otra, un sujeto eminente y un celante y prudente Ministro..."⁴⁰.

Un *cursus honorum* verdaderamente intenso, el de Trivulzio. Que yo haya visto hasta el momento, nadie cuestionó sus actividades militares y de gobierno. Ni siquiera, aquéllas que desempeñó de niño o siendo muy joven. Una vez más, me parece encontrar la causa —al margen de los méritos personales del cardenal, que no cuestiono— en la idea, universalmente asumida, de que el noble, sólo por serlo, estaba destinado a gobernar. No importaba, en este sentido, que Trivulzio a veces actuara como soldado, otras como virrey o embajador y otras como cardenal: según la mentalidad de la época, sin duda, estaba capacitado para todo ello desde la cuna.

Todo lo contrario de lo que acontecerá algunos años más tarde en el caso de Nithard. Como es sabido, el padre Everardo comenzó en 1665 la vertiginosa progresión que lo transformó en consejero de Estado, miembro de la Junta de Regencia y valido de la reina regente. Tenía en esos momentos, por tanto, 48 años; y unía a su brillante formación académica sus ya largos años de experiencia política en las cortes de Viena y Madrid. Sin embargo, y paradójicamente, se le comenzó a criticar en base a su supuesta ignorancia, falta de mundo y de preparación. Describiéndole, del modo más cruel, como alguien "...poco noticioso de las personas, con que descartaría lo que había de elegir y elegiría lo que había de descartar...". Así, de un plumazo, Nithard pasaba de ser un sabio a un ignorante y un incapaz. Pronto, ciertos panfletos incluso llegaron a burlarse de sus capacidades intelectuales afirmando que,

37. Desde París, supuestamente, se habría propuesto a Trivulzio nombrarle duque de un Milán independiente, contando para ello con el beneplácito de Saboya y Mantua; y casar a su hijo y heredero, Hércules Teodoro, con la hija del duque de Módena. Como ha señalado Signorotto —y siempre que la conjura hubiera sido una realidad— podría ser que el cardenal Mazarino hubiera intentado estimular, en clave antiespañola, las ambiciones del único grande milanés con los suficientes títulos y autoridad como para aspirar a la herencia ducal, *Milán español...*, *op. cit.*, págs. 195-196.

38. Girolamo Brusoni, *Della Historia d'Italia...*, *op. cit.*, pág. 666.

39. Que supuso la caída de la localidad piemontesa de Valenza en manos de las tropas combinadas de Francia, Saboya y Módena, Davide Maffi, *Il baluardo della Corona...*, *op. cit.*, págs. 58-59.

40. Girolamo Brusoni, *Della Historia d'Italia...*, *op. cit.*, pág. 671.

...muchas veces en la Junta y en el Consejo de Estado ha sucedido verse obligados aquellos ministros a soltar la risa o ponerse la mano o el sombrero delante de la cara porque no se les vea incitados de los despropósitos del confesor...⁴¹.

Me parece evidente que, quienes así hablaban, tenían como única intención desacreditar y deslegitimar la posición del jesuita al frente del gobierno. También lo es que el padre Nithard, confiado en el apoyo de la reina, no fue nunca lo suficientemente hábil como para generar a su alrededor una red clientelar cortesana. Al menos, no una lo suficientemente fuerte como para respaldarle en los momentos difíciles. Contaba, desde luego, con partidarios tan destacados como el almirante de Castilla⁴², el conde de Villaumbrosa⁴³ o la marquesa de las Vélez, aya del rey y una de las damas *nitardas* de la Corte⁴⁴. Lo malo es que también tenía entre sus colaboradores al odiado conde de Castrillo. Una amistad esta última que incluso los jesuitas de Madrid no podían menos que desaprob⁴⁵.

Lo cierto es que será esta falta de habilidad de Nithard a la hora de asegurarse un partido sólido, unida al acoso al que estaba sometiendo Luis XIV a la maltrecha Monarquía, lo que hizo pronto desbaratar su valimiento. De modo inmediato, sus adversarios políticos gestaron la visión del jesuita austríaco —vigente aún a día de hoy, por lo demás— como hombre de gobierno desastroso y que jamás debería haber ocupado los cargos públicos en los que se inmiscuyó. Una imagen que considero errónea desde la base. En primer lugar, porque podría

41. BN, Mss. 7.787, f. 116r.

42. ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, 136, ff. 323-323v. Carta del nuncio, Madrid, 29 de enero de 1669.

43. Janine Fayard, *Los miembros del Consejo de Castilla, 1621-1746*, Madrid, Siglo XXI de España, 1982, pág. 145.

44. Cfr. Laura Oliván Santaliciestra, *Mariana de Austria: imagen, poder y diplomacia de una reina cortesana*, Madrid, Editorial Complutense, 2006, págs. 156-157.

45. Y es que, según ellos, Nithard, "...contra toda política religiosa, cristiana y por cristianar, mantiene en opinión común en el puesto de presidente de Hacienda a un hombre incapaz y aborrecido de toda la Monarquía sólo por hacer gusto al conde de Castrillo...". Lo peor de todo, es que los padres del Colegio Imperial conocían perfectamente que, entre los personajes más contrariados, figuraban muchos *grandes* y los ministros de la Junta de Regencia, descontentos del modo en que se gobernaba la Hacienda, "...con tan poco logro y con tanta desdicha como se llorava sentidamente en vida del rey. Ni en lo político ni en lo militar no se promete nadie mejores sucesos, sino todos los temen mucho peores", Archivum Romanum Societatis Iesu [en adelante ARSI], *Hisp.* 92, f. 43r. Carta del padre Jacinto Pérez al general Juan Pablo Oliva, Madrid, 28 de noviembre 1665. Inteligente e instruido, Castrillo no estuvo a la altura de las circunstancias tras la muerte de Felipe IV. Era muy mal visto por la opinión pública, que criticaba sus riquezas y le conocía como *este gato marrullero*, Janine Fayard, *Los miembros...*, *op. cit.*, pág. 144. El nuncio se hacía eco de esta mala imagen, informando a Roma que Castrillo era "...odiado de modo muy universal", ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, 136, f. 416. Madrid, 19 de junio de 1669.

parecer que, los apenas cuatro años de Nithard al frente del gobierno, tuvieron consecuencias más graves para España que la corrupción institucionalizada generada en su momento por Lerma o la implosión de la Monarquía acaecida durante la privanza de Olivares. Algo que, sencillamente, no es cierto. Y en segundo, porque nos hace asumir categorías contemporáneas y considerar imprescindibles la experiencia previa, la carrera, la capacidad o la valía políticas a la hora de ocupar puestos en la administración del Estado o en la diplomacia durante el Antiguo Régimen. Un mundo en el que, en realidad, se mezclaban lo público y lo privado dentro del marco de la más absoluta arbitrariedad; y que tenía mucho más que ver con redes de poder, linaje, clientela, amistad o afectos personales, que con cualquier otra cosa⁴⁶.

Pese a los defectos de que hacía gala el carácter rígido de Nithard, he llegado a la conclusión de que, al menos en buena parte, su supuesta incompetencia política y su fracaso al frente del gobierno en Madrid estuvieron motivados por causas externas. No siendo la menor de ellas el perpetuo rechazo manifestado por quienes siempre le consideraron un intruso y un arribista. Alguien a quien su estirpe le hacía incapaz de gobernar adecuadamente en el sentido más *genético* del término. Un advenedizo ilegítimamente inmiscuido en un mundo, el del poder con mayúsculas, reservado a los *grandes* como Lerma, Uceda, Olivares, Haro. O, por qué no, Trivulzio⁴⁷.

Dos dinámicas distintas para alcanzar el cardenalato

A estas alturas, puede imaginarse que dos personas como Trivulzio y Nithard —percibidas de modo tan diferente por la sociedad del siglo XVII— no pudieron alcanzar la púrpura cardenalicia del mismo modo. No era posible, por supuesto, debido a las diferentes circunstancias políticas concretas; y, aparte de ello, porque sus promociones estuvieron separadas nada menos que por 43 años. No obstante lo dicho, y como empiezo a vislumbrar, sus respectivas consecuciones del capelo tuvieron tanto curiosas similitudes como no menos sugestivas divergencias.

Como ya sabemos, el joven viudo Teodoro Trivulzio había decidido hacerse religioso en 1625. No se trataba, sin embargo, de que se preparara para asumir

46. Cfr. David Wooton, “Francis Bacon: vuestro flexible amigo”, en John Elliott y Laurence Brocchliss (dirs.). *El mundo de los validos*, Madrid, Taurus, 1999, págs. 279-280.

47. Insistiendo —por enésima vez— en la incapacidad y falta de alcurnia de Nithard, un poema que celebraba en 1669 su partida al exilio le comparaba con la torre de Babel, con una lechuga deslumbrada por la luz, con un Hicaro poco cuerdo. “De la esfera maior te despertaste, pasando de lo alegre al halo triste, brevemente subiste, mas baxaste, más brevemente que subiste”, BN, Mss. 2.582, f. 177r.

una nueva vida de humildad y pobreza, sino de buscar en la Iglesia mayores oportunidades de promoción. En consecuencia, el conde de Melzo entró en el seno de la carrera eclesiástica por la puerta grande, comprando una clerecía de Cámara y una protonotaría⁴⁸. Dos cargos que, según Renata Ago, podían costar unos 42.000 y unos 10.500 escudos en la época respectivamente⁴⁹.

Tampoco puede decirse que Teodoro no encontrara apoyos en su idea de llegar velozmente a lo más alto de la jerarquía de la Iglesia. Porque su nueva opción religiosa fue enseguida apoyada nada menos que por su pariente, la emperatriz Eleonora Gonzaga. La soberana, de hecho, intercedió con fuerza para que su esposo, Fernando II, consiguiera cuanto antes la púrpura cardenalicia para su primo. Así las cosas, el conde Teodoro se naturalizó alemán el mismo año de 1625 a fin de facilitar el acuerdo entre el César Fernando y el papa. Tengo aún mucho por saber acerca de las negociaciones que se llevaron a cabo, probablemente entorpecidas por la sempiterna dificultad manifestada por Urbano VIII Barberini a la hora de complacer a la Casa de Austria. Pero lo que es cierto es que, finalmente, nuestro noble milanés —ahora alemán— consiguió la púrpura en el consistorio del 19 de noviembre de 1629, adjudicándosele la diaconía de San Cesareo in Palatio y recibiendo el nombramiento de legado papal en las Marcas⁵⁰.

Como el gran aristócrata que era, ningún acontecimiento de la vida del conde de Melzo podía pasar desapercibido. Es por ello, que, ante la noticia del capelo, el ilustre Colegio de Jurisconsultos de Milán celebró una ceremonia públicamente simbólica. Durante los días 17 y 18 de febrero de 1630, la capital Lombarda se convirtió en el escenario de un aparato figurativo y simbólico espectacular que giraba en torno a la exaltación de Trivulzio y de sus ilustres antepasados; y que incidía en tres virtudes que serían innatas en el nuevo purpurado: la Nobleza, la Justicia y la Religión⁵¹. Una virtud ésta última, no obstante, que le cuestionó alguno de sus contemporáneos al afirmar que “...para ser príncipe eclesiástico le falta la piedad, que debería ser su principal ornamento...”⁵².

El caso de Nithard, como en todo lo demás, fue bien distinto. La llegada de la reina Mariana a la regencia trastocó su lugar dentro de la Iglesia. De ser tan sólo un padre jesuita, pasó a ser nombrado inquisidor general en septiembre de 1666. Como paso previo —y ello me recuerda al caso de Trivulzio— el confesor de la reina debió ser naturalizado español a toda prisa. Aun así, no creo que en sus planes a corto plazo entrara alcanzar la púrpura. Sobre todo, porque la

48. Gianvittorio Signorotto, *Milán español...*, *op. cit.*, pág. 189.

49. Renata Ago, *Carriere e clientele nella Roma barocca*, Bari, Laterza, 1990, pág. 124.

50. Alessandra Squizzato, *Il principe cardinale...*, *op. cit.*, pág. 45.

51. *Ibidem*, págs. 78-82.

52. Citado en *ibidem*, págs. 76-77.

dignidad cardenalicia —salvo muy pocas excepciones— estaba tradicionalmente vedada a los miembros de la Compañía de Jesús⁵³.

Una vez exiliado en Roma y desprovisto de todos sus puestos y honores, sin embargo, tanto Nithard como Mariana de Austria consideraron que sólo podía existir una salida que restaurara el honor perdido del jesuita: la consecución de un capelo. La reina se puso inmediatamente manos a la obra: ya en agosto de 1669, el nuncio en Madrid sospechaba que la regente se lo había solicitado a Clemente IX Rospigliosi al margen de la terna oficial⁵⁴. Pronto, el representante papal descubrió la realidad: la soberana estaba buscando canales informales para hacer su petición al pontífice porque los ministros de la Junta de Regencia — formada por enemigos acérrimos de Nithard— habían decidido excluirle de la nómina oficial “...no pudiendo sufrir el verlo cardenal”⁵⁵.

A finales de 1671 Clemente X Altieri nombró a Nithard arzobispo de Edesa *in partibus*⁵⁶. Una prueba más de la diferencia de trato que se le dispensaba si lo comparamos con Trivulzio. Al menos, en mi opinión. Porque ambos habían sido apoyados por dos de las más importantes soberanas católicas de Europa; pero, mientras el más noble fue nombrado cardenal casi directamente, el segundo tuvo que pasar antes por un estado arzobispal intermedio. Por si fuera poco, en estos momentos otra soberana complicó aún más las cosas. Porque María Francisca de Saboya Nemours, reina de Portugal, estaba intentando conseguir la púrpura para su pariente francés César d’Estrées, obispo de Laon. Y eso, pese a que la Corona lusa no tenía reconocido el derecho a nominar cardenales, posibilidad a la que se había opuesto decididamente Madrid tras el triunfo de la *Restauração*. Fruto de las peticiones cruzadas será una paradoja que dejó atónita a la Corte romana: la reina de España apoyaba decididamente que la de Portugal consiguiera su cardenal... sólo para que, al ser francés, el papa tuviera que compensar a Madrid

53. El propio san Ignacio había prohibido expresamente a los suyos que aceptaran dignidades episcopales, especialmente en territorio europeo. Un veto que era constantemente recordado por los generales de la Compañía de Jesús. Así lo hizo Mucio Vitelleschi, por citar tan sólo un ejemplo, al afirmar que la aceptación de una dignidad por los jesuitas, “...nuestro Santo Fundador nos la prohibió en sus Constituciones y nos mandó hacer voto de inhabilitarnos a ello, la qual tenemos por cosa tan sustancial, que el abrirse esta puerta la juzgamos por menoscabo y ruina de nuestra disciplina religiosa...”, Carta del general Vitelleschi a Felipe IV, Roma, 22 de enero de 1630, ARSI, *Hisp. 70, Epist. Gener., 1594-1640*, f. 226.

54. Que incluía a Spínola, arzobispo de Sevilla, al arzobispo de Toledo y a don Antonio Benavides, ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, 136, ff. 453-453v. Madrid, 28 de agosto de 1669.

55. *Ibidem*, f. 488. Madrid, 9 de octubre de 1669.

56. El general de la Compañía de Jesús, Juan Pablo Oliva, dispuso como paso previo que se considerara públicamente al padre Juan Everardo como salido de la Compañía de Jesús, ARSI, *Hist. Soc. 55 (I), De Rebus Card. Nidardi, 1666-1680*, ff. 32 y 35r-35v. Cartas del padre Oliva al cardenal Altieri, Roma, septiembre de 1671.

promocionando a un español. Que, naturalmente, sería Nithard⁵⁷. Finalmente, y tras complejas negociaciones, Clemente X concedió el capelo cardenalicio al antiguo director espiritual de la reina Mariana en mayo de 1671⁵⁸.

TRIVULZIO Y NITHARD, EMBAJADORES EN ROMA

El estudio de los apenas veinte años que separaron las embajadas respectivas de Trivulzio y Nithard en la Ciudad Eterna, al margen de su interés intrínseco, cuenta con una ventaja: pueden ser analizados como una suerte de *período bisagra* con el año 1662 situado en su centro. Precisamente el momento en el que, según Visceglia, llegaba a su fin una concepción de la Europa católica fundada sobre la posición central del papado y la consiguiente obediencia de los reyes de la catolicidad al soberano Pontífice⁵⁹.

Muchos eran los negocios de los que habían de ocuparse los embajadores del rey Católico ante el papa. No era el menos complejo de ellos organizar servicios secretos eficientes en una capital marcada por la actividad de las redes de inteligencia papales y del espionaje francés, inglés e incluso turco⁶⁰. Pero el asunto más importante para los diplomáticos era siempre "...conservar la grandeza y reputación de Su Majestad en la Corte de Roma, aventajada a la de los demás príncipes"⁶¹. Consecuencia directa de ello, fue la persistente necesidad de desarrollar una política de prestigio para la que resultaba imprescindible que los representantes del rey establecieran lazos duraderos con las aristocracias laicas y eclesiásticas romanas. Unas élites indisolublemente imbricadas entre sí, particularmente obsesionadas por la etiqueta y el protocolo y habituadas a una refinada y costosa vida cortesana. A continuación me centraré, en consecuencia, tanto en las relaciones que se establecieron entre Trivulzio y Nithard y la alta nobleza de Roma, como en su respectiva actividad como cardenales y embajadores.

57. ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, 139, f. 39v. Roma, 24 de febrero de 1672. Carta dirigida al nuncio en Madrid.

58. BN, Mss. 8.351, f. 240r. Si bien el nombramiento no se hizo público hasta el 16 de mayo de 1672. Recibirá la púrpura con el título de San Bartolomeo all'Isola, cambiado en 1679 por el de Santa Croce in Gerusalemme. Tal vez como venganza, Nithard se lo comunicó por carta a don Juan José de Austria ese mismo día, BN, Mss. 2.034, ff. 277v-278r. El hijo de bastardo de Felipe IV, de hecho, comenta al embajador imperial que Nithard, "...con pretexto de participarme su exaltación ha querido brujulear mi ánimo...", citado en María del Carmen Sáenz Berceo, *Confesionario y poder...*, *op. cit.*, pág. 258.

59. Cfr. *Guerra, diplomacia y etiqueta...*, *op. cit.*, pág. 117.

60. Carlos Carnicer y Javier Marcos, *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, pág. 144.

61. *Apuntamientos generales para los embajadores que S.M. Católica envía a otros príncipes*. Citado en Miguel Ángel Ochoa Brun, *Historia de la Diplomacia...*, *op. cit.*, vol. VI, pág. 190.

Los cardenales embajadores y la alta nobleza romana

Durante buena parte de la Edad Moderna la del papa fue, por su esplendor e importancia política, la *Corte* por antonomasia. Tal y como la describía el conde de Oñate a mediados del siglo XVII:

Quien toma bien el pulso a esta corte la halla débil, variable y aparente, que se engaña fácilmente el que no la ha experimentado, por lo que es menester observarla bien, y que no hay existencia alguna sino muchas palabras y pocos hechos, poca caza y muchos cazadores, y este desengaño importa mucho. Esta corte es mudabilísima y así es menester como el buen piloto mudar las velas conforme soplar el viento y atender solo al servicio del príncipe mayor, que es el fin de esta navegación...⁶².

En este contexto, la gran aristocracia romana —formada apenas por la veintena de familias emparentadas con los últimos papas o provenientes de la feudalidad medieval— jugaba un papel político de primer orden. Perpetuamente unidos por vínculos matrimoniales y a la vez enfrentados entre sí por el control de los altos cargos del ejército y la administración papales, los linajes más destacados escenificaban su rivalidad mediante disputas en las que el protocolo jugaba un papel determinante. No podía dejar de hacerlo, es evidente, en un escenario tan ritualizado como el romano durante el Barroco⁶³.

El consabido protagonismo de Roma en las relaciones internacionales provocaba, igualmente, que su nobleza se integrara dentro de las distintas facciones extranjeras con presencia en la urbe a través de complejos mecanismos clientelares⁶⁴. Para estas estirpes, la lealtad hacia las grandes potencias de la época dependía, más que de cualquier otra cosa, de sus propias conveniencias y de la

62. *Instrucción dejada del conde de Oñate al duque del Infantado, embajador de Su Magestad acerca del gobierno de la corte*, citada en Adolfo Carrasco Martínez, “*Vos hablareis en este mismo lenguaje*. El aprendizaje del lenguaje diplomático por el VII Duque del Infantado, Embajador en Roma (1649-1651)”, en Carlos José Hernando Sánchez (ed.), *Roma y España. Un crisol de la cultura europea en la Edad Moderna*, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Exterior, 2007, vol. 1, pág. 526.

63. Gobernado por un ceremonial tan complejo que, como escribía el genovés Doria a finales del siglo XVII, parecía haber sido inventado por los eclesiásticos para tener ocupados a los príncipes y no hacerles pensar en la política. De esta manera los aristócratas, luchando entre ellos por ridículas preeminencias, nunca se podrían unir para luchar contra el dominio de los clérigos. Citado en Maria Antonietta Visceglia, *La città rituale...*, *op. cit.*, pág. 9.

64. Cfr. Bartolomé Yun Casalilla, “Entre el imperio colonial y la monarquía compuesta. Élités y territorios en la Monarquía Hispánica (ss. XVI y XVII)”, en Bartolomé Yun Casalilla (ed.), *Las redes del imperio. Elites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica, 1492-1714*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pág. 27.

perenne necesidad de mantener su espectacular estilo de vida⁶⁵. Los monarcas españoles, en consecuencia, intentaron hacer oír su voz en la política de la Corte papal seduciendo a las grandes familias romanas mediante el señuelo de la consecución de títulos, honores, dinero, brillantes posibilidades matrimoniales o el acercamiento a influyentes sectores de una Corte, como la madrileña que, no en vano, dirigía los destinos y los recursos de un imperio a escala planetaria⁶⁶.

Resulta fácil imaginar que, para el cardenal Trivulzio, debió ser bastante más sencillo que para otros embajadores hispánicos integrarse en el mundo de la alta nobleza de la capital papal⁶⁷. Para empezar, porque había vivido diversas temporadas en Roma antes de ser nombrado embajador ordinario interino, lo que le hacía depositario de una importante experiencia de primera mano. Debemos tener en cuenta, más aun, su elevado linaje, el hecho de ser italiano y de contar con parientes muy destacados en la ciudad Eterna. Como la princesa Polixena María Landi —consorte del filo español Juan Andrea Doria, príncipe de Melfi—, prima de la difunta esposa Grimaldi de Trivulzio⁶⁸. O como Olimpia Aldobrandini, princesa de Rossano —esposa de Pablo Borghese, sobrina

65. Nobles y cardenales configuraban a su alrededor incluso cortes secundarias que contribuían a dar más esplendor, si cabe, a la ya de por sí brillantísima Corte de los papas. Al respecto véanse las obras de Francesco Calcaterra, *La spina nel guanto. Corti e cortigiani nella Roma barocca*, Roma, Gangemi, 2004; y Gigliola Fragnito, “Cardinal’s Courts in Sixteenth-Century Rome”, *The Journal of Modern History*, vol. 65, nº 1, (marzo de 1993), págs. 26-56.

66. En 1698 Paolo Venier, embajador de Venecia en Madrid, citaba entre los grandes linajes romanos fieles a la Casa de Austria a los Colonna —que estarían por encima de todos los demás—, los Savelli, los Odelscalchi, los Borghese o los Carpegna, Giuseppe Galasso, “Roma papale e Monarchia Cattolica nei secoli XVI-XVII”, en Carlos José Hernando Sánchez (ed.), *Roma y España...*, *op. cit.*, pág. 50. María Antonietta Visceglia incluye en esta nómina a los Ludovisi, “Roma e la Monarchia Cattolica nell’età della egemonia spagnola in Italia: un bilancio storiografico”, en Carlos José Hernando Sánchez (ed.), *Roma y España...*, *op. cit.*, pág. 73; y también a los Caetani, Conti, Capranica, Mattei, Massimi, Paluzzi, del Monte, Capizucchi, Ghislieri, del Drago o Caffarelli, *La città rituale...*, *op. cit.*, pág. 9.

67. Destaca por su interés el apartado que dedica Adolfo Carrasco Martínez a la tarea diplomática en Roma vista desde la perspectiva nobiliaria en “Vos hablareis en este mismo lenguaje...”, art. cit., págs. 530-542.

68. El cardenal mantuvo durante toda su vida la cercanía con su pariente. Así, en su puesto de gobernador interino de Milán, dio orden de que la Cámara milanese estipulara un contrato mediante el que la princesa Doria conseguía “...la libre y absoluta jurisdicción de los feudos de Gremiasco, Bañara, Fábrica y Monteagudo con la tercera parte de Estelanelo con *jus sanguinis* y reservando sólo a Su Mg.d la superioridad, en precio de 10.500 escudos, lo que se reconocerá de consulta de 19 de julio de 1657...”. Que la compra fue ventajosa parece claro: en 1682 la Junta de la visita de Milán estimó que “...se sacaban cada año de estos feudos 3.000 escudos de renta...”, Blas de Navarrete, *Archivo de Materias que comprehende de la Secretaría de Milán, 1693*, f. 446r. Citado en Massimo Carlo Giannini y Gianvittorio Signorotto (eds.), *Lo Stato di Milano nel XVII secolo. Memoriali e relazioni*, Roma, Ministero per i beni e le attività culturali. Direzione generale per gli archivi, 2006, pág. 261.

del duque de Parma y emparentada con los papas Clemente VIII Aldobrandini y Gregorio XV Ludovisi. A Olimpia y a Teodoro les unía el matrimonio entre Laura Trivulzio, tía del cardenal, y Guido Aldobrandini di Briandate⁶⁹. Aparte de sus nexos familiares, la relación entre el cardenal y la princesa se hizo tan próxima como para que *la Rossana* se transformara en una suerte de confidente espiritual de Trivulzio⁷⁰. De quien, además, se convirtió en casera al alquilarle un magnífico palacio en la vía del Corso que era de su propiedad⁷¹. En 1639 el cardenal afianzó aún más, si cabe, estos vínculos romanos casando a su hijo y heredero, Hércules Teodoro, con Orsina Sforza, hija del marqués de Caravaggio y de María Aldobrandini, de la familia de los príncipes de Sarsina⁷². Un matrimonio éste mediante el que Trivulzio y la princesa de Rossano estrechaban sus vínculos, al ser la nueva nuera de Teodoro una prima de Olimpia⁷³.

Me parece claro que el cardenal estaba articulando en la Ciudad Eterna unas interesantes redes aristocráticas, caracterizadas por su cosmopolitismo, que conectaban linajes milaneses —Trivulzio, Landi y Sforza— con los Grimaldi de Mónaco, los Doria de Génova y los Aldobrandini. Este juego de alianzas se complementará en 1647 por medio de las segundas nupcias de Olimpia Aldobrandini con Camilo, sobrino de Inocencio X Pamphilij; y culminará en 1671 con la boda de los hijos de las dos aliadas de Trivulzio en Roma: Juan Andrea Doria —hijo de Polixena María Landi— y Ana Pamphilij —hija del segundo matrimonio de Olimpia Aldobrandini—, dando origen al célebre linaje Doria-Pamphilij.

Los enlaces que acabamos de ver, naturalmente, obedecían a convenientes estrategias familiares desarrolladas por el cardenal milanés y sus allegadas; quienes, de esta forma, reforzaban el poder y prestigio de sus propias estirpes. Pero también es cierto que tales uniones no podían menos que agradar a la Corte hispánica que, de esta forma, veía interconectarse a importantes linajes pro españoles de diversas zonas de Italia, como Trivulzio, Landi, Doria, Grimaldi,

69. Alessandra Squizzato, *Il principe cardinale...*, *op. cit.*, pág. 75.

70. Trivulzio llamaba así a Olimpia Aldobrandini en la correspondencia que mantenía con su hijo Hércules Teodoro, *ibidem*, pág. 84.

71. Se trata nada menos que del Palazzo Chigi, la actual sede del gobierno italiano. La princesa ya lo había alquilado, entre 1635 y 1649, a otro importante hombre de Madrid en Roma, el cardenal Albornoz, Carlo Cresti y Claudio Redina, *Villas y palacios de Roma*, Könemann, 1999, págs. 376-377. Un hecho normal, ya que en esta época la sede diplomática hispana no tenía una sede fija, recurriéndose a alquilar diferentes edificios de prestigio en la ciudad. En 1647 —muy poco antes de la embajada de Trivulzio— el embajador conde de Oñate había adquirido el Palazzo Monaldeschi, actual sede de la embajada española junto a la Santa Sede. Pero el conde no transfirió la propiedad del edificio a la Corona hasta 1654, cfr. Alessandra Anselmi, *Il Palazzo dell'Ambasciata di Spagna preso la santa Sede*, Roma, DeLuca, 2001, pág. 70.

72. Alessandra Squizzato, *Il principe cardinale...*, *op. cit.*, pág. 75.

73. *Ibidem*, págs 75-84.

Borghese, Ludovisi e, incluso, Aldobrandini⁷⁴; y que, al mismo tiempo, engrosaba la nómina de los partidarios del rey Católico en Roma. Desde Madrid, seguramente se percibió que las alianzas romanas de Teodoro Trivulzio suponían una ventaja que había que aprovechar. Algo que pienso que pudo influir, en alguna medida, en la designación del cardenal como embajador ordinario interino de España ante la Sede Apostólica en 1651.

Una vez más, nada podía diferir tanto como el caso de Nithard. También él tenía como misión recabar apoyos para Felipe IV en Roma durante su embajada. Pero, tratándose de un extranjero de linaje gris y violentamente apartado del poder en España, de su gestión sólo podían esperarse resultados mediocres. Es cierto que consiguió captar a Domingo Orsini, duque de Gravina y sobrino de Clemente X Altieri⁷⁵; pero, por el contrario, tuvo que enfrentarse a los aprietos en que le pusieron otros grandes vasallos romanos del rey Católico. Miembros de la más alta nobleza que, durante esos años, le dejaban sólo faltando en bloque ostentosamente a las principales ceremonias españolas por sentirse postergados con respecto a Lorenzo Onofrio Colonna, príncipe de Paliano, primer príncipe del Solio, gran condestable del reino de Nápoles y caballero del Toisón de Oro.

Nithard, aconsejado por Madrid, apoyó siempre a Colonna en sus disputas con los demás *barones*⁷⁶. Sin embargo, las relaciones entre ambos se deterioraron en breve debido a lo que siempre me ha parecido el profundo desprecio que sentía Colonna hacia la categoría social del cardenal, a quien se negaba a ceder la preminencia. Algo absolutamente significativo habida cuenta de que el condestable se había resignado siempre "...en ceder la puerta, la mano y la silla a los embajadores desta Corona..."⁷⁷. Para Colonna, en cambio, la categoría de Nithard no bastaba para ello, ni como embajador de España, ni como príncipe

74. Visceglia señala que los Aldobrandini, de origen florentino, no eran un linaje partidario de España, cfr. "Roma e la Monarchia Cattolica...", art. cit., pág. 71. Pero habría que tener en cuenta, en este caso concreto, que Olimpia Aldobrandini era hija de Hipólita Ludovisi y, por tanto, sobrina carnal de Nicolás Ludovisi, príncipe de Piombino, el miembro más significativo de la facción española dentro de la aristocracia romana a mediados del Seiscientos, *ibidem*, pág. 73.

75. Quien "...vuelto de Nápoles a Roma, resolvió con acuerdo de sus parientes no havitar como antes en la casa del duque de Brachano, su tío, por tener éste sobre la puerta las armas de Francia...". Don Domingo se hacía ver por Roma vestido a la española, lo que alarmaba a su tío, el nepote Altieri, Archivo General de Simancas [en adelante AGS], *Estado: Roma*, leg. 3.048, s/f. Consulta del Consejo, Madrid, 6 de marzo de 1674, s/f. El premio al cambio de bando del duque de Gravina no tardará en llegar, siendo el encargado de entregar la *China* al papa en julio de 1676, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.052, s/f. Carta de Nithard a Carlos II, 11 de julio de 1676.

76. Agradecido, el condestable del reino de Nápoles alababa públicamente "...la afabilidad, benignidad y cortesía del cardenal Nidardo, diciendo que le debía más que a su propio padre...", AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.049, s/f.

77. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.048, s/f. Consulta del Consejo, Madrid, 12 de mayo de 1674.

de la Iglesia⁷⁸; y, para escenificarlo públicamente, hizo correr por Roma sátiras y memoriales en los que se burlaba del cardenal y donde declaraba que no pensaba poner un pie en la embajada “...mientras no se le mantengan sus preeminencias ni el embajador de V.M. le dé la mano, la silla y la puerta en su casa...”⁷⁹. Desde Madrid el Consejo de Estado, lejos de respaldar a su representante diplomático, se puso tácitamente de parte de Colonna y clamó por la sustitución de Nithard por un *grande* como el marqués del Carpio. Es más: desconfiando completamente de las habilidades y carisma del embajador, encomendó la resolución del conflicto con Colonna a los buenos oficios del aristocrático cardenal Portocarrero⁸⁰.

Finalmente, el condestable se avino “...a ceder la puerta, mano y silla...”⁸¹ al cardenal embajador. Pero, tanto su rebeldía como la de otros grandes nobles, hicieron que Nithard apareciera de nuevo, a ojos vista, como alguien *naturalmente* incapaz para convencer por las buenas o llamar al orden por las malas a los príncipes romanos. Una prueba contundente —al menos en mi opinión— de que, para la más alta aristocracia de la ciudad del papa, Nithard no era ni uno *de los suyos*, ni un personaje digno de ejercer sobre ellos la habitual autoridad correspondiente a un embajador de España.

Trivulzio, Nithard y la política española en Roma

Como cardenal, a Teodoro Trivulzio le tocó vivir uno de los momentos más apasionantes que atravesó Roma durante el Seiscientos: el auge, caída y relativa pervivencia del régimen de los Barberini. Un alambicado engranaje político que sobrevivió mucho más allá de la muerte de Urbano VIII. Quien, como es bien sabido, dificultó mucho las cosas a la Monarquía hispánica durante su pontificado⁸². No era éste, por tanto, el ambiente más propicio para que alcanzara favores papales un cardenal como Trivulzio, que era vasallo de las dos ramas de la Casa de Austria; y que, como sabemos, debía la púrpura al favor manifestado

78. Lo dejaba meridianamente claro al afirmar que “...mirándolo como simple cardenal Nidardo, no tenía el condestable ninguna obligación de verle, porque no sólo le era deudor Nidardo de una visita, sino de muchas...”, AGS, *Estado, Roma*, leg. 3.049, s/f.

79. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.049, s/f. Consulta del Consejo, Madrid, 7 de mayo de 1675.

80. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.049, s/f. Consulta del Consejo, Madrid, 7 de mayo de 1675.

81. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.050. s/f. Madrid, 17 de julio de 1675.

82. En palabras de Saavedra Fajardo, porque amaba “...a los franceses y aborrece a los españoles”, de los que pensaba además que era “...razón de estado la religión”. Carta de don Diego Saavedra Fajardo al marqués de Castel-Rodrigo, 21 de marzo de 1631, citada en Quintín Aldea Vaquero, *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo*, Madrid, CSIC, 1986, vol. I, págs. 6-7. Tal era la animadversión manifestada por el papa hacia los Habsburgo que Olivares incluso llegó a pensar que Urbano no iba a detenerse ante nada con tal de acabar con la Augusta Casa, cfr. John H. Elliott, *El conde-duque de Olivares*, Barcelona, Crítica, 1990, pág. 424.

por Fernando II. Antes al contrario, Teodoro no sólo vio frustrarse su deseo de ser designado arzobispo de su Milán natal⁸³, sino que las represalias de Urbano VIII hacia su propia persona no tardaron en llegar⁸⁴.

En 1642 la edad y el estado de salud del papa Urbano hicieron que Felipe IV y sus ministros se prepararan para la contingencia de un Cónclave inminente. En estos momentos, el eclipse del papel de la Monarquía en el Norte y Centro de Europa y las sublevaciones de Cataluña y Portugal exigían, más que en otras ocasiones si cabe, evitar a toda costa la elección de un nuevo pontífice del estilo del que se había padecido durante largos años. Urgía, por tanto, que el gobierno hispano redoblara esfuerzos para atraerse a más cardenales e integrarlos en la facción española⁸⁵. Uno de los hombres en quien Madrid confió en esta complicada tesitura fue, precisamente Trivulzio. Prueba de ello es que se le ordenó instalarse en Nápoles, donde había "...de residir con cargo de asistír al virrey para enviar los socorros a Milán y para en caso que haya cónclave de nuevo Pontífice estar cerca..."⁸⁶.

¿Estaba justificada esta confianza que depositaba el gobierno español en Trivulzio? Ciertos testimonios nos dan algunos datos. Por lo pronto, le muestran como "...una persona que se deja manejar fácilmente y, como buen lombardo, se lleva mal con Barberini y lo que importa es una gran confidencialidad para la

83. A. Segarizzi (ed.), *Relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato*, Bari, Laterza, 1913, vol. II, pág. 93.

84. En 1637 el pontífice le abrió un proceso por haber invadido unos feudos de la Iglesia en su defensa del Milanésado. En la Curia incluso se habló de la posibilidad de una Bula que privara del capelo a los cardenales "...que se dispusieran a usar las armas a favor de cualquier príncipe, salvo de la Sede Apostólica...". Una disposición que no llegó a promulgarse. Pero que, teniendo en cuenta la actividad de Trivulzio como purpurado soldado, me parece una amenaza diseñada especialmente contra él, cfr. Gianvittorio Signorotto, *Milán español...*, op. cit., pág. 192.

85. Apenas un mes después de finalizado el Cónclave que eligió a Inocencio X, el conde de Siruela daba noticia a Madrid de que algunos purpurados recordaban las promesas que se les habían hecho durante el para asegurarse su fidelidad. Como Colonna y Orsini, que aspiraban a recibir la protección del algún reino español. Para contentarles, se otorgó la protección de Aragón al cardenal Colonna —que hubiera preferido Portugal o Flandes— además de la del Imperio, que ya tenía. Flandes y Portugal se adjudicaron a Orsini —que así quedó igualado al anterior—. Al cardenal Cesi se le prometieron las protecciones de Sicilia y Cerdeña y una pensión de 3.000 ducados. Al cardenal Mattei —emparentado con los Borja— se le prometió la protección de Nápoles y una pensión de 2.000 ducados, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.009. Carta del Conde de Siruela al rey, Roma, 22 de octubre de 1644, s/f.

86. *Avisos de 22 de marzo de 1644*, en *Semanario Erudito*, t. XXXIII, Madrid, Imprenta de Don Antonio Espinosa, 1790, pág. 155. Un dato curioso es que la muerte de Urbano VIII sorprendió en la ciudad del Vesubio tanto a Trivulzio... como al conde de Siruela, embajador en Roma. Más aún: el curso de los acontecimientos obligó a los dos adversarios a viajar juntos hacia la capital del papa tomando "...la posta para alcanzar el Cónclave...", *Avisos de 30 de agosto de 1644*, en *ibidem*, pág. 222.

Corona...”⁸⁷. El cardenal de Retz lo juzgaba, sin embargo, nada menos que como el sujeto más capaz dentro del Consistorio. Y la *Instruzione agli ambasciatori del re Cristianissimo con la descrizione di tutti i cardinali del Baly di Valenzè* lo describía, igualmente, como muy “válido para las materias políticas [...] desenvuelto y mañoso [...] en el negociar, y bajo todo concepto sujeto de garbo...”⁸⁸.

La difícil situación política a la que antes he aludido, justificaba que una de las cuestiones de las que más se ocupó Trivulzio fue la planificación de las estrategias a desarrollar en el futuro Cónclave. Así, en sus cartas al Consejo de Estado, el purpurado milanés daba cuenta de sus frecuentes reuniones secretas en casa del cardenal de la Cueva con los cardenales Albornoz y Montalto y con el duque Savelli. Personajes todos ellos que debatían hasta las tres de la mañana sobre cómo debía gestionarse el *Ius Exclusivae* o *Exclusiva*⁸⁹. La cuestión más importante era dilucidar cuál era la mejor manera de engañar a Francia a fin de lograr que París excluyera a algún cardenal que no fuera en realidad el candidato preferido por España; y que París ya no tuviera tiempo para reaccionar cuando la facción del rey Católico exhibiera cuál era su verdadera jugada⁹⁰.

Urbano VIII finalmente falleció el 29 de julio de 1644. El 15 de septiembre siguiente, la facción española —apoyada por la de los Barberini a cambio de la protección de Madrid frente a las seguras represalias que esperaban por parte de París— consiguió un enorme éxito: la elección de Inocencio X Pamfilij, un candidato que había sido excluido por Francia⁹¹. Disponemos de una buena prueba de lo activo de la participación del cardenal Teodoro en estas negociaciones. Orgulloso, comunicó a su hijo por carta que la elección del nuevo papa satisfacía a muchos, “...y a mí en particular por la parte que he tenido en ella y por la amistad que tenía con este señor, y espero se verán los efectos. Me dijo Su Santidad que quería mi asistencia y que había de gozar de su pontificado...”⁹².

87. Alessandra Squizzato, *Il principe cardinale...*, op. cit., pág. 193.

88. Citado en *ibidem.*, págs. 76-77.

89. Un supuesto derecho, ejercido por los soberanos de España y Francia durante los siglos XVI y XVII, de vetar durante el Cónclave a un candidato a papa que no fuera de su gusto. La *Exclusiva* podía ser *material* o *indirecta* (fundada sobre instrucciones secretas dadas por los monarcas a un cardenal de su confianza, quien debía tratar de conseguir más de un tercio de los sufragios para excluir a alguien) o *formal* o *directa* (cuando se declaraba públicamente a todo el Sacro Colegio que un soberano vetaba a un candidato), Adolfo Giobbio, *Austria, Francia e Spagna e l'Esclusiva nel Conclave*, Roma, Tipografía Editrice Romana, 1903, págs. 4-5. Se considera que este derecho, pese a ser muy contestado, fue utilizado por última vez en 1903 por el emperador Francisco José de Austria, Rudolph Lill, *Il potere dei papi. Dall'età Moderna a oggi*, Roma, 2006, pág. 25.

90. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.009, s/f. Carta cifrada de don Gregorio Romero de Morales al Almirante de Castilla, Virrey de Nápoles, Roma, 8 de agosto de 1644.

91. Ludwig von Pastor, *Storia dei Papi dall'fine del Medio evo*. Vol. XIV: *Storia dei Papi nel periodo del assolutismo dall'elezione de Innocenzo X sino alla morte di Innocenzo XII (1644-1676)*, Roma, Desclée & C. Editori Pontifici, 1961, págs. 13-20.

92. Roma, 17 de septiembre de 1644. La cita en Loris de Nardi, “Gian Giacomo Teodoro Trivulzio...”, art. cit., pág. 16. Roma, 17 de septiembre de 1644.

Ya como embajador, la actividad de Trivulzio en Roma se hizo omnipresente. Por lo pronto, redobló sus esfuerzos por intermediar entre la Corona y los cardenales a los que ésta quería atraerse. Y gracias a ello, su correspondencia con Madrid nos proporciona noticias preciosas. Así, el 24 de septiembre de 1652 comunicó al rey el agradecimiento del cardenal Baccio Aldobrandini, pariente de Olimpia, por “...una pensión secreta de tres mil escudos cada año y que se le pagaría de aquí adelante...”. El cardenal Cherubini, por su parte, agradecía a Felipe IV, por medio del cardenal milanés, la concesión de un hábito —no se dice de qué orden— a su sobrino⁹³.

Todo parecía marchar viento en popa en la embajada, con un nobilísimo cardenal experimentado a su frente que, además, contaba con la amistad de Inocencio X y de su sobrina política, Olimpia Aldobrandini. Las cosas, sin embargo, cambiaron drásticamente debido precisamente al enfrentamiento, cada vez más virulento, de la princesa de Rossano con su suegra y todopoderosa cuñada del papa— Olimpia Maidalchini, la célebre *doña Olimpia*. El combate de las dos *Olimpias* por el control de la voluntad papal estuvo, como es bien sabido, a la orden del día durante todo el pontificado⁹⁴. Pero lo que más me interesa señalar, dadas las circunstancias, es que estas tensiones afectaron de lleno al devenir de la embajada hispánica. Así, cuando el papa se apoyaba en su cuñada, su trato con Trivulzio se enrarecía, mejorando cuando era la princesa de Rossano quien gozaba de su favor.

Pienso ocuparme más en profundidad de esta cuestión en futuros trabajos. Pero, por el momento, me interesa señalar que esta peligrosa oscilación de las relaciones entre Trivulzio y la familia papal no podía menos que preocupar a la Corte española. Porque lo grave de la cuestión era que el papa no sólo se mostraba cada vez más enemistado con el embajador cardenal, sino también con la Monarquía a la que éste representaba. Tampoco ayudó a rebajar el creciente clima de desencuentro la actitud tibia de Madrid hacia una petición que Inocencio X hizo a Felipe IV por medio de su embajador: que el rey concediera cuanto antes un Toisón de Oro a algún miembro de su familia⁹⁵. Molesto con el

93. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025. Carta de Trivulzio al rey, Roma, 23 de diciembre de 1652, s/f.

94. Inocencio X y Olimpia Maidalchini se habían opuesto a que Camilo, hijo de esta última, abandonara el cardenalato en 1647 para casarse con la princesa de Rossano. Las relaciones dentro de la familia no cesaron de deteriorarse a partir de este momento, notificando Trivulzio que el papa “... al príncipe don Camilo lo ha puesto como devajo de tierra, maltratándole cada día de hecho y de palabras afrentosas y de toda indignación, ni tampoco trata mejor a la princesa su muger, a quien se teme le aya de suceder alguna desdicha...”, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, Carta del cardenal Trivulzio al rey, Roma, 11 de agosto de 1653, s/f.

95. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. Carta de Trivulzio al rey, Roma, 8 de octubre de 1652, s/f. Es más, el papa recordó al embajador cardenal “...con lágrimas a los ojos que se acordava de que V.M. con gran celo se lo avía asegurado muchas veces quando era nuncio...”, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. El Consejo al rey, Madrid, 18 de marzo de 1653.

cardenal embajador —y con España y controlado por su intrigante cuñada, el papa se acercaba, cada vez más, a Francia y a los Barberini⁹⁶. De ser un pontífice considerado pro español y amigo de Trivulzio, pasó a mantener entrevistas cada vez más violentas con el purpurado milanés, en las que le aseguraba que no se asombrara “...si Dios no prospera las [cosas] del rey [...] ni tampoco si tras todo esto, pidiéndome gracias, las negase, pues más presto las haré al Diablo...”⁹⁷. Con inquietud creciente, Trivulzio llegó a informar a Felipe IV de que el papa “...se siente tan desobligado de V.M. que antes de hacer nada de su real gusto haría el del Turco...”⁹⁸. Inocencio X llegó al extremo en estos momentos, incluso, de coquetear con la idea de reconocer la independencia de Portugal⁹⁹.

Esta escalada de tensiones con el pontífice pronto provocó que el gobierno madrileño perdiera su confianza en el embajador Trivulzio. Lo demuestra el hecho de que el Consejo de Estado cambiara su tono y comenzara a hacerse eco de quienes achacaban al cardenal no tener “...la sagacidad y reserva que requieren los negocios de importancia ni las artes y cavilación con que se procede en aquella Corte...”¹⁰⁰. Medios cercanos a la embajada española en Roma incluso llegaron a representar que toda la labor del cardenal era “...hacer mucho volumen de despachos y formar recelos [...] es desatento, poco recatado, fácil en creer y sumamente codicioso y menos puntual en lo que dice de lo que fuera menester...”¹⁰¹. Con Trivulzio cada vez más cuestionado, otros representantes del rey en Italia comenzaron a ocultarle cosas. Así, cuando el conde de Oñate, virrey de Nápoles, se reunió en Gaeta con los cardenales Pimentel y Trivulzio, escribió al rey “...que no siempre es liso o secreto el señor cardenal Tribulzio [lo que] hizo que el señor cardenal Pimentel [y yo] confiriésemos en los pun-

96. En 1653 contrajeron matrimonio Olimpia Giustianini —nieta de la cuñada de Inocencio X— y Maffeo Barberini, heredero del principado de Palestrina. Una boda que el gobierno español se había propuesto impedir por todos los medios, aunque sin éxito. El 31 de julio el padre de la novia comunicó el matrimonio al rey, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. Carta de Andrea Giustiniani, príncipe de Bassano, a Felipe IV, 21 de junio de 1653. Poco antes, el príncipe Camilo Pamfilij había declarado su oposición a las nupcias, afirmado que habían sido idea de su madre, Olimpia Maidalchini, pero que él no se atrevía a decírselo a su tío el papa, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. Copia de una carta de Trivulzio al conde de Oñate, Roma, 1 de junio de 1653.

97. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. Carta del cardenal Trivulzio, Roma, 7 de julio de 1653.

98. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. El Consejo al rey, Madrid, 17 de septiembre de 1653.

99. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. Carta de Trivulzio al rey, Roma, 11 de agosto de 1653. 100. Así se lo había hecho saber Incontri, el embajador florentino en Madrid, a don Luis de Haro, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. La Junta de Estado al rey, 5 septiembre 1653.

101. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, Carta de don Pedro de Sarabia al secretario Pedro Coloma, Roma, 13 de mayo de 1653, s/f. El parecer de la Junta Estado fue que “...estas cosas que vienen escritas por semejantes vías no son más que para oídas y confrontadas con las otras noticias que llegan, que en mucha parte no dejan de hazer consonancias...”, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3025, la Junta de Estado al rey, Madrid, 17 de julio de 1653.

tos que aquí van sin participarlos a S.E...”¹⁰². La Junta de Estado aprobó esta precaución de Oñate¹⁰³. Pero lo que me parece tremendamente significativo es que desde Madrid nunca se reconvinó a Trivulzio de ninguna forma. Antes al contrario, se le siguió tratando de la forma más cordial. En 1654, finalmente, el cardenal Teodoro fue sustituido al frente de la legación diplomática hispana por el duque de Terranova. Quien, poco después, comunicó al rey que el embajador saliente se hallaba “...tan mal sin servir a V.M. en esta embajada que por quantos caminos puede procura declararme por yndigno de ella...”¹⁰⁴.

La llegada del defenestrado padre Juan Everardo Nithard a los Estados de la Iglesia en 1669 no pudo parecerse menos a la de Trivulzio. Para empezar, se presentó como embajador extraordinario; y su intención no era ser embajador ordinario, sino conseguir que el papa Clemente IX Rospigliosi rehabilitara públicamente su persona. Algo que, según pensaba, le permitiría volver a Madrid junto a la reina. Por si fuera poco, la campaña de deslegitimación política que preparó a conciencia su caída en Madrid renació con celeridad en Roma. De modo inmediato, corrieron habladurías en la ciudad sobre la fortuna en dinero y joyas que el exiliado había llevado consigo. Además, se le definió sin ningún pudor, textualmente, como “...embajador capón...”¹⁰⁵. Por si fuera poco, se siguió insistiendo en su bajo linaje. Se contaba, por ejemplo, que el marqués de Astorga —el embajador saliente— había asistido a Nithard “... con todo lo que era preciso, y con coches para su lucimiento. Pero todo esto no bastó para que los cortesanos de Roma conociesen luego el sugeto, y así escribieron cosas bien ridículas de él, porque tan bien se miente en aquella corte como en ésta...”¹⁰⁶.

Pese a todo, la regente Mariana nombró a Nithard embajador ordinario interino en octubre de 1671 frente a la opinión de buena parte del Consejo, partidario de designar “...al cardenal Portocarrero o a cualquier otro cardenal de la facción, incluso italiano, antes que apoyar al padre Everardo pese a que ya tenga el título de embajador extraordinario...”¹⁰⁷. Desde España, el nuncio manifestaba al papa su desacuerdo con el nombramiento, afirmando que “...todo

102. Oñate pide que “...ningún amigo del cardenal Tribulçio pueda penetrar que ha avido cosa secreta...”, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, Oñate al rey, Nápoles, 23 de junio de 1653, s/f. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. La Junta al rey, Madrid, 22 de julio de 1653,

103. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.025, s/f. La Junta de Estado al rey, Madrid, 22 de julio de 1653.

104. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.026, s/f. Carta del duque de Terranova al rey, Roma, 6 de junio de 1654, cuadernillo 68.

105. *Discurso político o críticas reflexiones sobre la conducta del señor Don Juan de Austria, Semanario Erudito*, t. IV, 1787, pág. 235.

106. *Ibidem*.

107. ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, 139, ff. 278r-278v. Carta del nuncio en Madrid, 23 de octubre de 1671.

el mundo considerará cómo es de disonante que un hombre de tal mediocridad deba representar a una Monarquía...”¹⁰⁸.

Como ya sabemos, Clemente X concedió a Nithard el capelo cardenalicio en mayo de 1672. Pero el cambio de situación del embajador no mejoró, en absoluto, la realidad de su día a día como un diplomático que, paradójicamente, no podía contar con el apoyo del gobierno al que representaba, dominado por la facción que le envió al exilio. Una cuestión que se tradujo, por lo pronto, en las constantes desautorizaciones que le llegaron desde el Consejo de Estado, que siempre manifestó su deseo de sustituirle en Roma —y cuanto antes mejor— por un representante *de capa y espada*.

Incluso cuando se le apoyaba desde Madrid, Nithard tenía que bregar con la falta de colaboración del marqués de Astorga, ahora virrey de Nápoles. Quien, sospecho, bien pudiera haber actuado como el medio que permitía a sus enemigos seguir atacando en Roma al cardenal embajador. Haciéndole atravesar dificultades económicas, por ejemplo. Como en junio de 1673, cuando Nithard necesitaba urgentemente 4.000 ducados para afrontar los gastos ocasionados por la muerte de la emperatriz Margarita, pues de lo contrario “...no me será fácil ni posible satisfacer el gasto de los lutos que e dado vistiendo algunas salas de este real palacio y a mi familia y coches...”¹⁰⁹. El Consejo se avino, disponiendo que el marqués de Astorga le hiciera llegar la suma¹¹⁰. Una orden a la que, según todos los indicios, el virrey siguió haciendo oídos sordos¹¹¹.

En abril de 1676 la enfermedad de gota de Clemente X Altieri se agravaba por momentos, lo que hacía temer un rápido desenlace. Nithard llevaba pidiendo que se le enviaran instrucciones sobre cómo debía actuar ante la contingencia de la muerte del papa, “...siendo imposible sin esta circunstancia acertar en lo que tanto combiene a esta Corona”¹¹². El Consejo —nunca dispuesto a poner las cosas fáciles al exiliado confesor de la reina— decidió en estos momentos que se le contestara que “...la elección de Sumo Pontífice se haga dejando obrar en ella al Sacro Colegio con toda libertad, coadyuvando [...] con todos los medios honestos naturales y permitidos a la asunción del más benemérito”. Pero pre-

108. ASV, *Segreteria di Stato, Spagna*, 136, ff. 429-432. Madrid, 31 de julio de 1669.

109. Archivo General de Simancas [AGS]. *Estado: Roma*, leg. 3047, s/f. Nithard a la reina, Roma, 17 de junio de junio de 1673.

110. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.047, s/f. Consulta del Consejo, Madrid, 14 de julio de 1673.

111. Lo demostraría el hecho de que Nithard tenga que escribir tiempo después que “...serán cumplidos quince meses en que no he recibido un sólo maravedí de las asistencias que de orden de V.M. están asignadas a sus embaxadores en Roma en el reyno de Nápoles, y llegará la suma dellas, con algunas atrasadas, a más de cincuenta mil escudos moneda romana...”, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.050, s/f. Carta de Nithard al rey, Roma, 28 de diciembre de 1675.

112. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.046, s/f. Nithard a la reina Mariana, Roma, 9 de abril de 1672.

firiendo siempre, claro está, "...al que, sobre las calidades dignas, tubiere más prendas de obligación y adherencia a esta Corona"¹¹³.

La respuesta, en mi opinión, es la que siempre habían dado las potencias en público: dejaban total libertad. Es por ello que me inclino a pensar que, una vez más, desde el Consejo de Estado se puenteaba al aborrecido Nithard proporcionándole una contestación inocente que se daría a cualquier extraño. Mientras, seguramente, los cardenales de la facción en los que Madrid realmente confiaba estarían siendo informados sobre el modo adecuado de proceder y a quién apoyar y excluir cuando la ocasión se presentara.

Cuando Clemente X murió el 22 de julio de 1676, la cuestión de la rebelión anti española de Messina sobrevolaba el Cónclave. Porque se tenía meridianamente claro en Roma que los asuntos de Sicilia podían tomar un cariz muy distinto dependiendo del carácter del futuro papa "...y elevar la fortuna ruinosa y decadente de la Monarquía Española con censuras y otras armas espirituales que puede fulminar un pontífice contra los que son calificados de rebeldes" en el caso de que viera las cosas del color "del vidrio de la pasión española"¹¹⁴. Si tal cosa ocurriera, podía esperarse que Francia abandonase la causa mesinesa. Un panorama tan complejo hacía pensar a muchos que las dos grandes potencias necesitaban, "...en las coyunturas presentes tener un papa, si no bien afecto, por lo menos neutral. Emplearán a tal con toda fuerza y moverán, como se suele decir, cada piedra para conseguirlo"¹¹⁵.

El nuevo vicario de Cristo y sucesor de san Pedro fue, finalmente, el lombardo Inocencio XI Odescalchi. Nithard estaba convencido de que el flamante pontífice sería pro español. No en vano, el nuevo papa le había declarado personalmente que tendría a Carlos II bajo su protección, vanagloriándose de haber nacido vasallo suyo¹¹⁶. Pero no se trató, en absoluto, de una victoria de las dotes diplomáticas del embajador hispánico, sino del llamado *escuadrón volante*¹¹⁷. Nithard prácticamente desaparecerá de la escena pública romana tras

113. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.052, s/f. Consulta del Consejo, Madrid, 14 de agosto de 1676.

114. *Conclave fatto nella Sede Vacante seguita dopo la morte di Clemente X, nel quale fu assunto al Trono Pontificio l'Eminentissimo & Reverendissimo Signor Cardinal Benedetto Odescalchi da Como, chiamato Innocentio XI alli 21 di settembre 1676*, Roma, 1677, pág. 16.

115. *Ibidem*.

116. AGS, *Estado: Roma*, leg. 3.064, f. 423. Carta de Nithard al rey, Roma, 14 de noviembre de 1676.

117. Tras la muerte de Inocencio X en 1655, un grupo de cardenales jóvenes que se autodenominaba *la facción de Dios* presentó un memorial que rechazaba el condicionamiento de las Coronas sobre la elección papal reivindicando, por un lado, la propia neutralidad política; por otro, el derecho a elegir al más digno y merecedor de los cardenales. Irrumpía así en la escena política romana el llamado —la expresión la acuñó el duque de Terranova, el embajador español— *escuadrón volante*, que fue uno de los principales protagonistas de ese Cónclave y de los sucesivos, cfr. Gianvittorio

la llegada del nuevo embajador, el marqués del Carpio, en 1677, dedicándose casi en exclusiva a cuestiones eclesiásticas hasta su muerte, que aconteció el 1 de febrero de 1681.

CONCLUSIONES

Trivulzio y Nithard. Como ya sugerí, las dos caras de la moneda. Dos cardenales y dos embajadores en Roma durante coyunturas políticas complicadas. Dos representantes de la Corona ante la Sede Apostólica que pudieron vanagloriarse —fueran o no ciertos sus méritos— de haber contribuido a conseguir el ascenso al pontificado de papas favorables a España. Resulta evidente que la actuación de uno y otro no podía ser idéntica, como no lo fueron sus contactos, experiencia o personalidad. Tampoco lo fueron las circunstancias que a ambos les tocaron vivir, por supuesto. Sin embargo, las circunstancias les condujeron si bien accidentalmente— casi a los mismos puestos y honores. Ahora bien, y como creo haber mostrado, ambos los debieron vivir de forma harto diferente en la práctica.

Teodoro Trivulzio, *grande* y caballero del Toisón, militar, cardenal y diplomático, emparentado con la más alta nobleza —incluso con la realeza—, ocupó el lugar en el mundo al que estaba destinado por nacimiento. Nunca importó si era general, virrey, cardenal, embajador o todo a un tiempo: había nacido para mandar. Y prácticamente nadie, en una sociedad como la del siglo XVII, estaba dispuesto a decir lo contrario. Es cierto que Trivulzio parece haber cumplido sus servicios al rey de España de modo bastante adecuado. Pero, incluso en los momentos en los que su actitud pareció dudosa —cuando, como embajador, su amistad y comunión de intereses personal y familiar con la princesa de Rossano envenenaba las relaciones entre España e Inocencio X— la Corte española siempre estuvo de su parte. Todo lo más que tuvo que soportar —si es que alguna llegó a su conocimiento— fue que se le mantuviera al margen de ciertos secretos y decisiones; o las quejas que, de su comportamiento, hacía llegar a Madrid su sucesor en la embajada romana, el duque de Terranova. Cometió sus aciertos y sus errores, sin duda. Pero jamás fue cuestionado ni criticado por el solo hecho de ejercer los cargos que ostentó o de disfrutar los honores que se le dispensaron.

Lo contrario, justamente, que Juan Everardo Nithard. El jesuita Neidhardt, el padre confesor Everardo, el cardenal embajador Nidardo. No importa cómo le llamemos. Lo que sí interesa destacar es que a Nithard le tocó vivir una existen-

Signorotto, “Lo Squadrone Volante. I cardinali ‘liberi’ e la politica europea nella seconda meta del XVII secolo”, en Gianvittorio Signorotto y Maria Antonietta Visceglia, (eds.), *La corte di Roma...*, op. cit., págs. 93-137.

cia que podría calificarse de esquizofrénica. Como miembro de la Compañía de Jesús siempre tuvo vedado inmiscuirse en asuntos seculares; pero era el propio general de su Orden, Juan Pablo Oliva, quien le sumergía constantemente en ellos. En Madrid se alababa su sabiduría y virtud como confesor de la reina; pero, cuando la soberana ocupó la regencia, el ascenso al gobierno de su director espiritual provocó que, casi universalmente, se le tildara de ignorante e incapaz. Alcanzó el cardenalato, sí; pero la alta nobleza romana —como antes la española jamás le respetó debido a sus mediocres orígenes. Llegó a ser nada menos que embajador de la majestad Católica de Carlos II ante el papa. Pero fue un embajador *capón*; o, al menos, así fue universalmente considerado. Fue persistentemente acosado, desde Madrid, por quienes le habían mandado a un exilio mejor del que hubieran deseado. Porque una cosa era aceptar —aunque fuera a regañadientes— que representara a la Monarquía en Roma para salvar el honor de la reina. Y otra, bien distinta, que no se aprovechara cualquier oportunidad para desdecirle, restarle autoridad y dejarle sin apoyos.

Como embajadores y cardenales en Roma, Trivulzio y Nithard no pudieron ser más diferentes. No podía ser de otro modo, al contrastar sus personalidades como la noche y el día. Por un lado, estaba la brillantez cortesana del aristocrático y bien relacionado Trivulzio, mecenas de las artes, sibarita y de gustos refinados. Por otro, se hallaba la rigidez acomplejada y la frugalidad religiosa de Nithard, prácticamente abandonado por todos. Sin embargo, sus embajadas respectivas llegaron, curiosamente, casi al mismo lugar: se transformaron en sendos quebraderos de cabeza para el gobierno español. La de Trivulzio, porque fueron precisamente sus magníficas redes familiares y de poder las que contribuyeron a causar serios problemas entre la monarquía a la que representaba e Inocencio X. La de Nithard, sencillamente, porque en la Corte española nunca se le quiso en Roma como embajador. Dos personajes separados por un abismo social, como ya indiqué al principio de estas páginas, y con una peripecia vital muy diferente. Pero que, a la postre, fracasaron relativamente en Roma, aunque por razones bien distintas. Un fracaso sobre el que, sin embargo, el gobierno español pasó de puntillas en el caso de Trivulzio. Y que enfatizó por todos los medios, por el contrario, en el caso de Nithard. Una cuestión esta última que, según creo, puede hacernos reflexionar acerca de la decisiva influencia de la ideología dominante —y de la percepción social derivada de ella— sobre las actividades políticas de quienes ostentaron el poder durante el Antiguo Régimen.